

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**RUDOLF HÖSS, EL CRIMINAL
DE AUSCHWITZ, PERDONADO POR DIOS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.

De soldado en Turquía.

En Palestina.

Aventura amorosa.

En la cárcel.

Deprimido-sanado.

En libertad.

En casa. En las SS.

Comandante de Auschwitz.

Cámaras de gas.

Remordimientos.

Proceso de exterminio.

Cremación de cadáveres.

Los bombardeos.

Otra relación de los hechos.

En el tribunal de Núremberg.

Problemas familiares.

Experimentos.

Höss se quiere justificar.

Condenado a muerte.

Dios lo perdonó.

REFLEXIÓN

INTRODUCCIÓN

En éste libro vamos a tratar de Rudolf Höss (1901-1947) a quien muchos han llamado la *bestia de Auschwitz* o el *animal de Auschwitz* por haber asesinado en las cámaras de gas durante su mandato como comandante del campo de concentración de Auschwitz a unos dos millones y medio de personas, especialmente judíos. Otro medio millón murió de hambre y enfermedades.

En sus *Memorias* él nos habla de su infancia y cómo sus padres, que eran fervorosos católicos, querían que él fuera sacerdote, pero a los trece años se sintió decepcionado por su párroco, porque le había confesado que había tirado a un compañero de la escuela por las escaleras, un secreto estrictamente hablando. Era un acción pública, que todos los sabían en la escuela, pero él pensó que el párroco se lo había comunicado a su padre, que por supuesto tarde o temprano se habría de enterar y, por eso, no quiso ir más a la iglesia.

El alejarse de Dios y de la Iglesia le hizo rechazar de plano el plan de sus padres de que fuera sacerdote. Él sentía vocación de militar y con 16 años se ofreció de voluntario. Participó en distintas acciones en Turquía y en Palestina. Después lo metieron en la cárcel durante 6 años por haber matado, en unión con otros compañeros, a uno que había denunciado a uno de sus amigos.

Pero el problema principal de su vida fue haberse metido en la SS, haciendo juramento de fidelidad a Hitler y de obedecer las normas establecidas en la organización. Eso le hizo subir de categoría dentro de las filas de los SS hasta que por su experiencia de haber estado en la cárcel y como guardia de seguridad en el campo de concentración de Dachau, lo nombraron comandante en jefe del campo de Auschwitz, donde él, siguiendo las órdenes de Himmler, responsable de todos los campos de concentración, aumentó la capacidad de los edificios para albergar más prisioneros y consiguió organizar un sistema de cámaras de gas y de cremación de cadáveres, que le hizo ser considerado después de la guerra como uno de los principales criminales en masa más crueles de la humanidad.

Después de la guerra se escondió, pero lo encontraron y lo llevaron a juicio ante el tribunal de Núremberg, y como Auschwitz estaba en territorio polaco, lo enviaron a ser juzgado a Polonia, donde lo condenaron a muerte por ahorcamiento. Ejecución que se realizó el 16 de abril de 1947. Pero lo interesante e importante de su vida fue que en los últimos días de su encarcelamiento, antes de ser ejecutado, pidió un sacerdote católico, se confesó y recibió la comunión con lágrimas, dando muestras de estar plenamente arrepentido.

Sobre su arrepentimiento hay algunos libros escritos y creemos que Dios le daría su perdón, porque como dice el dicho: *Dios perdona siempre, los hombres a veces y la naturaleza nunca.*

Suponemos que habrá tenido que pasar un largo tiempo en el purgatorio o quizás aún esté allí, purificándose de sus pecados y de las consecuencias de sus pecados. Pero esperamos que algún día podrá llegar a disfrutar de la plenitud de la felicidad celestial y Dios lo recibirá como a un hijo pródigo con los brazos abiertos.

SUS PRIMEROS AÑOS

Refiere en su Autobiografía: *Una atmósfera profundamente religiosa reinaba en mi hogar. Mi padre, que me educaba con estricta disciplina militar, era un católico devoto y había jurado que yo tomaría los hábitos... Cuando nos visitó uno de los viejos y barbudos sacerdotes que mi padre había visto trabajar en África, yo me quedaba pegado a la silla para no perder ni una palabra de la conversación y hasta me despreocupaba de mi poni. Mis padres salían poco, pero recibían a mucha gente sobre todo a miembros del clero. El fervor religioso de mi padre fue aumentando con los años. En cuanto sus ocupaciones se lo permitían, salíamos de peregrinación. Fuimos a todos los lugares santos de Alemania, así como a Einsiedlen en Suiza, y a Lourdes en Francia. Mi padre rogaba que Dios me bendijera y me permitiera en el futuro convertirme en sacerdote. Por mi parte era tan devoto como puede serlo un niño de siete años y me tomaba muy seriamente mis deberes religiosos. Me gustaba hacer de monaguillo y rezaba mis oraciones con veneración*¹.

Nunca fui lo que se dice un niño modelo, y tampoco lo que suele entenderse por buen muchacho. Participaba con mis compañeros en los juegos más brutales; no paraba de pelearme con ellos. Pese a lo mucho que me gustaba la soledad, tenía siempre a mi lado un buen grupo de camaradas, pero nunca me dejaba manejar por ellos; de hecho, me temían, porque me empeñaba en castigar sin piedad cualquier injusticia de la que pudiera ser víctima. Por el contrario, me entendía muy bien con una niña de origen sueco que quería estudiar medicina: en el instituto, siempre compartimos sin reñir el mismo banco, lo cual no era nada corriente.

Tenía yo trece años cuando se produjo un incidente que hizo vacilar por primera vez mis convicciones religiosas. Durante los habituales zarandeos que se producían a la entrada del gimnasio, un compañero al que empujé sin querer

¹ Rudolf Höss, *Yo comandante de Auschwitz*, Ed. Arzalia, Madrid, 2023, pp. 23-24.

cayó por la escalera y se rompió un tobillo. Durante años, cientos de chicos, yo incluido, se habían caído por la escalera sin sufrir serias consecuencias. Sencillamente, aquel chico había tenido mala suerte. Enseguida me impusieron tres días de castigo. Era sábado por la mañana y, como todas las semanas, por la tarde fui a confesarme y expliqué lo sucedido con toda sinceridad. No hablé del asunto en mi casa para no arruinar el domingo a mis padres; de todos modos, se enterarían la semana siguiente, cuando les enseñara las notas. Pero por la noche recibimos la visita de mi confesor, que era un buen amigo de la familia, y a la mañana siguiente mi padre me regañó y castigó severamente por no revelarles de inmediato lo sucedido. Me sentí abrumado, no tanto por el castigo impuesto como por la inesperada traición de mi confesor. ¿Acaso no nos habían enseñado que el secreto de la confesión era inviolable, sin importar lo serios que fuesen los pecados? Y hete aquí que un cura que gozaba de toda mi confianza, que conocía mis pecados veniales al detalle, acababa de violar dicho secreto, y esto a propósito de una tontería, de un incidente como los que se producen todos los días en un colegio. Sólo él podía haber informado a mis padres, ya que ese día ellos ni habían salido ni habían recibido visitas, además de que ningún compañero vivía cerca de nosotros y el teléfono estaba averiado. La indiscreción del cura era flagrante y a mí me pareció monstruosa. Mi fe en la Iglesia se había quebrantado; por primera vez empecé a dudar. El confesor hizo lo posible por recuperar mi confianza, pero a partir de entonces no he vuelto al confesionario. Cuando el cura y mi padre me interrogaron al respecto, respondí que me confesaba con el sacerdote de la capilla del colegio. Mi padre al menos pareció creerme; en cuanto al cura, estoy convencido de que conocía mis verdaderas razones. Así pues, dejé de confesarme, si bien no de comulgar. Nos habían enseñado que a quien hacía algo así le esperaba un castigo terrible, y que algunas personas incluso habían muerto mientras se encaminaban hacia el comulgatorio. En mi candor infantil, imploraba ardientemente la indulgencia de Dios y le rogaba que me perdonase los innumerables pecados que me sentía incapaz de confesar. Un día, con el corazón en un puño, comulgué en una iglesia donde nadie me conocía, y no sucedió nada terrible; salí entonces convencido de que Dios había escuchado mis ruegos y aprobaba mi conducta. Sin embargo, aquello me había trastornado el alma: la verdadera, la profunda fe infantil había dejado de existir.

Al año siguiente, mi padre murió de forma inesperada. No recuerdo que este suceso me hubiera afectado mucho. Quizá fuese demasiado pequeño para valorar el alcance de la pérdida. En cualquier caso, la desaparición de mi padre hizo que mi vida tomara un rumbo muy distinto del que él habría deseado.

La guerra acababa de estallar. La guarnición de Mannheim había partido hacia el frente. Convocaban a los reservistas; los primeros trenes cargados de heridos llegaron desde los campos de batalla. Había tanto que ver, que yo casi

nunca estaba en casa. A fuerza de insistir, conseguí que mi madre me autorizara a entrar en la Cruz Roja como enfermero auxiliar.

Estaba tan impresionado por cuanto ocurría, que ya no recuerdo muy bien el efecto que produjeron en mí los primeros soldados heridos. Sin embargo, aún los veo, con la cabeza o los brazos vendados y el uniforme (el nuestro era gris; el de los franceses, azul con pantalones rojos) manchado de sangre y de lodo; aún los oigo gemir cuando los bajaban del tren y los depositaban en los camiones. Corría entre ellos, repartiendo comida y tabaco. Fuera de las horas de clase, pasaba todo el tiempo en la estación, en los cuarteles o en los hospitales; trataba de no detenerme demasiado ante las camas de los heridos graves, pero los agonizantes y los muertos no podían escapar a mi mirada. Actualmente me siento incapaz de precisar qué sentimiento producían en mí.

Por otra parte, aquellas deprimentes escenas pronto eran borradas por la alegría y el buen humor de los heridos leves. No me cansaba de escucharlos hablar de los combates en que habían participado y de su vida en las trincheras, mientras sentía correr por las venas la sangre del soldado que había en mí. Durante generaciones, todos mis antepasados paternos habían sido oficiales; mi abuelo, un coronel, murió en 1870 al frente de su regimiento. Mi padre había abrazado la carrera militar por convicción y su entusiasmo por el ejército sólo se entibió tras renunciar a éste para entregarse a su pasión religiosa. Yo también quería ser soldado, y, sobre todo, no quería perderme esa guerra. Mi madre, mi tutor, de hecho todos mis parientes trataban de disuadirme o, al menos, de postergar la realización de mi proyecto hasta que hubiese terminado el bachillerato; también me recordaban que mi destino era convertirme en cura. Yo los dejaba hablar y desplegabam toda clase de argucias para poder partir hacia el frente. Solía esconderme en trenes militares, pero siempre acababan por descubrirme y, como me consideraban demasiado joven para el servicio, a pesar de mis protestas, me devolvían a casa, acompañado por agentes de la policía militar.

Sin embargo, yo no me desanimaba: todos mis pensamientos y esperanzas estaban dirigidos a convertirme en soldado. El colegio, mi supuesto futuro como sacerdote, la casa familiar, todo pasaba a un segundo plano. Mi madre no logró vencer mi obstinación ni con su paciencia y bondad conmovedoras. Unos parientes le aconsejaron que me enviase a un seminario especializado en la formación de misioneros, pero a ella la idea no le convencía. Sabía que yo seguía siendo practicante, pero también que mis convicciones religiosas se habían debilitado; la mano autoritaria de mi padre ya no se dejaba sentir.

DE SOLDADO EN TURQUÍA

En 1916, con la ayuda de un capitán de caballería al que había conocido en el hospital, conseguí por fin unirme a las filas de un regimiento en el que habían servido mi padre y mi abuelo. Tras un breve período de instrucción me enviaron a Turquía, y de ahí al frente iraquí, todo ello sin que mi madre se enterase. No volví a verla. Murió en 1917.

Siempre temía que descubriesen que me había alistado clandestinamente y me enviaran de regreso a casa. Pronto cumpliría los dieciséis años, y el viaje a través de varios países, la estancia en Constantinopla, ciudad que aún conservaba su carácter oriental, más el trayecto en tren y a caballo hasta el distante frente iraquí debieron de impresionarme profundamente. Sin embargo, no recuerdo bien todo ello, pues mis pensamientos se hallaban en otra parte.

Por el contrario, nuestro primer encuentro con el enemigo ha quedado perfectamente grabado en mi memoria.

Poco antes de mi llegada al frente, nuestra unidad fue destinada a una división turca, y el destacamento de caballería al que yo pertenecía fue repartido como refuerzo entre tres regimientos. No estaba aún concluida esta operación cuando los ingleses —o, más exactamente, indios y neozelandeses— nos atacaron. Cuando el fuego se hizo más intenso, los turcos emprendieron la fuga. Nuestra pequeña tropa alemana tuvo que pelear por su vida en pleno desierto, entre rocas y ruinas de antiguas civilizaciones; pero la munición escaseaba, porque el grueso del destacamento se había quedado en la retaguardia con los caballos. Enseguida me di cuenta de que nos encontrábamos en una situación extremadamente peligrosa: el fuego de la artillería enemiga era cada vez más intenso y certero, mis camaradas caían heridos uno tras otro. Hablé al hombre que tenía a mi lado sin obtener respuesta; al volverme hacia él, vi que agonizaba con el cráneo destrozado. Jamás he vuelto a sentir un terror semejante al que se apoderó de mí en aquel momento.

Si hubiese estado solo seguramente habría huido, como los turcos, para no correr la misma suerte. En mi desesperación, vi al capitán tendido detrás de una roca, disparando con el fusil de mi camarada muerto; estaba tan tranquilo como en un campo de tiro. De pronto, una extraña calma se apoderó de mí, y comprendí que yo también debía abrir fuego contra el enemigo. Nunca había disparado contra nadie, y hasta ese momento me había contentado con observar atemorizado a los hindúes que avanzaban lentamente hacia nosotros. Uno de ellos salió entonces de detrás de un montón de piedras. Todavía me parece verlo: era un hombre alto, de espaldas anchas, con una barba negra y puntiaguda. Dudé un instante, pensando en el camarada que había caído a mi

lado; luego disparé y, temblando, vi desplomarse al indio. ¿Había apuntado bien? Lo ignoro; pero ¡era mi primer muerto! El hechizo se había roto. Continué disparando, con mayor seguridad, tiro tras tiro, tal como me habían enseñado en el cuartel, sin pensar en el peligro. El capitán me dirigía palabras de aliento. El ataque se detuvo; los indios no esperaban que se les opusiera tan seria resistencia. Mientras tanto, los turcos habían vuelto y pasaban al contraataque; hacia el final del día habíamos recuperado todo el terreno perdido. Al avanzar, me detuve por un instante para contemplar a “mi muerto”, y he de admitir que no me sentí nada feliz. Puede que hubiese matado o herido a algunos otros, pero estaba tan agitado que no puedo afirmar nada al respecto.

EN PALESTINA

A principios de 1917, nuestra unidad fue enviada al frente de Palestina. Nos encontrábamos ahora en Tierra Santa, donde a cada paso surgían leyendas y nombres aprendidos en la infancia. Pero el ambiente distaba de ser el que habíamos imaginado durante nuestras lecciones de catecismo o a través de las ilustraciones de nuestros libros de historia sagrada.

Tras destinarnos a la vigilancia del ferrocarril de Hedjaz, nos transfirieron al sector de Jerusalén. Un buen día, al volver de una larga ronda por la orilla opuesta del Jordán, topamos con un convoy de carros cargados de musgo. Como nos habían ordenado que inspeccionáramos todos los vehículos en busca de las armas que los ingleses, por todos los medios posibles, enviaban a la población árabe, cansada de la dominación turca, hicimos detener el convoy y descargar todos los carros.

Debo anotar que todos los soldados de mi unidad eran católicos convencidos, originarios de la Selva Negra. Jamás los oí proferir una sola palabra hostil contra la Iglesia. No obstante, las impresiones recogidas en el curso de nuestras conversaciones sobre ese comercio me han preocupado durante mucho tiempo, y desempeñaron un papel crucial en mi posterior decisión de apartarme de la Iglesia.

AVENTURA AMOROSA

En esa misma época viví mi primera aventura amorosa. Una joven enfermera alemana me cuidaba en el hospital de Wilhelma. Tenía yo una herida de bala en la rodilla, además de sufrir un violento ataque de malaria; la fiebre me hacía delirar, y debían vigilarme de cerca. Aquella enfermera se ocupaba de mí con la devoción de una madre, aunque pronto observé que sus sentimientos no eran sólo maternales. Hasta entonces, yo no había conocido el amor. Se hablaba de eso entre los soldados, pero la ocasión de amar nunca se me había presentado durante aquella larga campaña en el extranjero. Habitado desde niño a rechazar toda manifestación de cariño, me sentía muy desconcertado cuando ella me acariciaba tiernamente la mejilla, cuando se apoyaba o apretaba contra mí. Sin sus insinuaciones, nunca me habría atrevido a llevar esa aventura hasta el fin e iniciarme en el mágico encanto de una pasión. Era una mujer tan dulce, tan seductora, que mi amor hacia ella ha durado toda una vida. Renuncié a las conversaciones frívolas, las relaciones sexuales sin afecto sincero, los amoríos pasajeros y la frecuentación de los prostíbulos ².

Más tarde me incorporé a los Freikorps destinados en los países bálticos... Fui testigo de atrocidades cometidas contra la población civil. Los letones se vengaban cruelmente de compatriotas que habían albergado o provisionado a soldados alemanes o rusos del ejército blanco: incendiaban las casas y quemaban vivos a sus ocupantes. Cuántas veces tendría que presenciar el horrible espectáculo de casas quemadas y cuerpos carbonizados de mujeres y niños: Me parecía entonces que la locura destructiva de los hombres había alcanzado sus paroxismo y que no podría ir más allá. Entonces aún podía rezar y no dejé de hacerlo ³.

EN LA CÁRCEL

Un día me condenaron a diez años de trabajos forzados como instigador y principal participante en una condena a muerte dictada por la Vehmgericht en la que me había visto involucrado. En efecto, habíamos ejecutado al hombre que había delatado al compatriota Schlageter ante los franceses. Uno de los nuestros había informado del asunto al Vorwärts, el principal periódico del partido socialdemócrata, según dijo para librarse de sus propios remordimientos, pero en realidad como supimos más tarde lo hizo a cambio de una gran suma de dinero. Los detalles de la ejecución nunca fueron del todo revelados, pues nuestro denunciante había bebido demasiado en el momento en que actuamos y

² Ib. pp. 26-33.

³ Ib. pp. 36-37.

no conservaba un recuerdo lo bastante preciso de los hechos. Los que sabían, preferían callar. Por mi parte, lo cierto era que había presenciado la ejecución, pero no había participado en la misma ni mucho menos la había organizado. Sin embargo, cuando durante la instrucción del proceso comprobé que el camarada que había ejecutado la sentencia solo podía ser incriminado por mi testimonio, me autoinculpé y él fue exonerado. Hoy como ayer, estoy firmemente convencido de que el traidor merecía la muerte ⁴.

En la cárcel me empeñaba en respetar rigurosamente los reglamentos, mantenía mi celda pulcra y ordenada y ni siquiera los más maliciosos tenían motivos para criticarme. Solo hallaba consuelo en los libros. En la soledad de mi celda, sobre todo durante los dos primeros años de mi condena, los libros se transformaron en el máspreciado de los bienes.

DEPRIMIDO

Después me volví irritable, nervioso. Caí en un estado enfermizo. El trabajo me repugnaba, cuando hasta entonces me sentía a gusto haciendo de sastre en uno de nuestros talleres. Ya no podía comer; no conseguía tragar bocado. Me resultaba imposible leer o concentrarme. Durante horas caminaba de un extremo a otro de mi celda, como un animal enjaulado. No lograba conciliar el sueño. Hasta entonces había gozado de un reposo profundo; en cambio, ahora me despertaba presa de la agitación y de nuevo me ponía a caminar. Cuando, agotado, caía en la cama para al fin dormir, me asaltaban atroces pesadillas en las que me perseguían, me fusilaban, me arrojaban a un abismo. Cada noche vivía un auténtico calvario. Oía tocar todas las horas. A medida que se acercaba el amanecer, me invadía la angustia al pensar que el nuevo día iba a dar comienzo y yo tendría que volver a codearme con otros seres humanos. Trataba con todas mis fuerzas de combatir esa obsesión, aunque siempre en vano. Quería rezar, pero había perdido la costumbre de hacerlo. Ya no encontraba el camino que lleva a Dios. Estaba convencido de que, como yo lo había abandonado, Dios no podía venir en mi ayuda. Mi ruptura con la Iglesia me torturaba, y me reprochaba amargamente haber incumplido la voluntad de mis padres y renunciado al sacerdocio. Por más que me repitiese a mí mismo que la decisión tomada en 1922 había sido el resultado de una larga evolución durante los años de la guerra, no conseguía encontrar la calma. Mi agitación aumentaba por horas. Mi estado físico empeoraba y mi mente rozaba la locura. El jefe de taller se extrañaba al verme totalmente distraído, incapaz de realizar mi tarea; yo trabajaba más que nunca, pero todo lo hacía mal.

⁴ Ib. pp. 38-39.

Decidí no comer durante unos días, con la esperanza de recuperar el apetito perdido. Hasta que un jefe de celadores me sorprendió cuando arrojaba mi comida al cubo de la basura. Ese hombre, siempre fatigado e indiferente, se había apercebido, sin embargo, de mi aspecto enfermizo y mi extraña conducta. Me observaba atentamente desde hacía varios días: él mismo me lo contó después. Sin pérdida de tiempo me llevaron a ver al médico, un anciano empleado en la prisión desde hacía décadas. Me escuchó con mucha paciencia, hojeó mi expediente y declaró, con absoluta calma: “Psicosis de prisión. No es grave, ya se le pasará”. Me llevaron a una celda de observación y me pusieron una inyección: enseguida caí en un profundo sueño. Durante los días siguientes me suministraron calmantes y la ración de alimentos reservada para los enfermos. Mi agitación se atenuó; empezaba a reponerme. A petición mía me autorizaron a regresar a mi celda y descartaron la idea de ponerme en una colectiva. En esos días el director de la cárcel me comunicó que, como recompensa por mi buena conducta y diligencia en el trabajo, habían resuelto ascenderme a la segunda categoría, y que en adelante gozaría de ciertos privilegios como escribir una vez por mes y recibir cuantas cartas quisiera, así como libros y manuales. Se me autorizó a dejar una lámpara encendida hasta las diez, poner flores en la ventana y conversar varias horas con otros presos los domingos y festivos.

Ese rayo de luz contribuyó más que todos los medicamentos a curarme de mi depresión. Sin embargo, algunos rasgos profundos de mi enfermedad subsistirían durante largo tiempo. Solo en prisión, en medio del aislamiento más absoluto, es fácil dejarse invadir por cosas ajenas a la vida normal. ¿Es posible comunicarse con los muertos? Las horas en que me invadía aquella profunda agitación, antes de caer en un desequilibrio total, veía a mis padres en carne y hueso ante mí, y he hablado con ellos como si aún estuviera bajo su tutela. Hoy sigo sin encontrar una explicación a esas apariciones, de las que nunca he hablado con nadie.

*Durante los años siguientes observé en otros reclusos esa psicosis de prisión, que en muchos casos llevaba a ataques de locura furiosa o a la demencia completa*⁵.

⁵ Ib. pp. 52-53.

SANADO

Recobrados el equilibrio y la calma proseguí mi existencia carcelaria sin incidentes dignos de mención. Durante las horas muertas aprendía inglés. Hice que me enviaran manuales y más tarde libros y publicaciones periódicas. Así, sin otra ayuda exterior, adquirí un buen conocimiento de esta lengua. El cuarto año de mi condena pasé al tercer grado carcelario, lo que me permitía disfrutar de varios privilegios. Podía escribir cartas cada quince días. No estaba obligado a trabajar y podía elegir en qué hacerlo. Mi remuneración había aumentado notablemente de ocho a cincuenta pfennings por día y me permitían gastar hasta veinte marcos al mes. Podía escuchar radio y fumar a determinadas horas. Un día quedó una vacante para el puesto de escribiente en el almacén de intendencia y presenté mi candidatura. Conseguí el trabajo con la posibilidad de contactar con reclusos de toda clase que venían todos los días a cambiar la ropa de vestir o de cama y a buscar herramientas de trabajo. El almacén era un centro de difusión de toda clase de noticias, ciertas y falsas ⁶.

Todo lo había previsto menos una liberación anticipada. Esta me fue concedida en el momento en que menos lo esperaba. De manera totalmente repentina, la extrema izquierda y la extrema derecha del Reichstag se pusieron de acuerdo para votar una amnistía: la una y la otra tenían mucho interés en obtener la libertad de sus prisioneros políticos. Al cabo de seis años de prisión, retomaba la vida normal. Junto con muchos otros, volvía a ser un hombre libre ⁷. Al cabo de diez días, encontré un puesto de empleado agrícola y puse en marcha mi proyecto. Habría podido aceptar numerosas invitaciones y gozar de vacaciones más prolongadas, pero yo quería trabajar: el reposo forzado había durado demasiado ⁸.

EN LIBERTAD

Mis largos años de aislamiento en la celda de una prisión me ayudaron a comprender que sólo me atraía una cosa: llegar a tener una granja con la que alimentar y asegurar una existencia sana a una familia numerosa. Ese proyecto se convirtió en el objetivo de mi existencia.

Apenas hube salido de la cárcel, contacté con los Artamanen, una comunidad de jóvenes de ambos sexos profundamente interesados en el destino de su país que había conocido a través de sus folletos durante mi estancia en la

⁶ Ib. pp. 54-55.

⁷ Ib. p. 57.

⁸ Ib. p58.

cárcel. Procedían de los movimientos juveniles de diversos partidos nacionalistas y pretendían llevar a cabo una vida sana, laboriosa, una vida campestre que dejara atrás la atmósfera superficial y disoluta de las grandes ciudades. Renunciaban al alcohol, al tabaco y a cuanto pudiera ejercer una mala influencia sobre el cuerpo y el espíritu. Soñaban con regresar a la tierra de sus antepasados, a la misma donde tuvo sus orígenes la nación alemana.

Ése era también mi deseo, la meta que en vano había buscado durante tanto tiempo. Abandoné, pues, mi puesto de empleado agrícola y me incorporé a la comunidad de los que pensaban como yo. Cuando advertí que mis antiguos camaradas y amigos eran incapaces de comprender mi decisión, tan opuesta a sus ideas convencionales, rompí con ellos: quería empezar mi nueva vida sin trabas de ningún tipo.

SE CASA

En los primeros días encontré a la que más tarde sería mi esposa; la animaba el mismo ideal que a mí y había tomado, junto con su hermano, el camino que luego la llevó hasta los Artamanen. En cuanto nos vimos supimos que estábamos hechos el uno al otro. Era como si nos conociéramos desde niños. Nuestra actitud frente a la vida era exactamente la misma; nos completábamos en todos los sentidos y nuestra confianza mutua no tenía límites.

Nos casamos lo antes posible. Habíamos elegido libremente, por convicción profunda, una vida dura y laboriosa, y queríamos empezarla juntos. Éramos conscientes de las dificultades que nos esperaban, pero nada nos haría desistir. Aunque en el curso de los cinco años siguientes nuestra vida no fue fácil, ni por un instante nos desanimamos: nos alegraba de manera especial ver que, con nuestro ejemplo, lográbamos nuevos adeptos a nuestras ideas.

Teníamos ya tres hijos, listos para participar en el brillante futuro que augurábamos. Esperábamos la próxima concesión de las parcelas que nos habían sido asignadas.

Sin embargo, el destino iba a apartarme del camino que con tanta convicción y seguridad recorría.

EN LAS SS

En junio de 1934, Himmler me convocó para que me uniese a los destacamentos más activos de las SS. Por extraño que parezca en mí, no tardé mucho en decidirme. La tentación de volver a ser soldado era demasiado fuerte o, en todo caso, lo bastante fuerte para impedirme tomar en consideración las objeciones de mi mujer. Ella se preguntaba si realmente encontraría satisfacción espiritual en el oficio que me proponían y si éste me acapararía por entero; pero, cuando vio hasta qué punto me atraía mi vieja vida de soldado, terminó por aceptar mis deseos.

Mi mujer y yo nunca dejamos de creer que algún día encontraríamos un lugar que nos sirviera de refugio a nosotros y a nuestros hijos. Pensaba que cuando nuestro país hubiese recobrado la paz, tanto interior como exterior, abandonaríamos el servicio activo y me instalaría en una granja que sacaría adelante con mis propias manos. Tras muchas dudas y reflexiones tomé la decisión de unirme activamente a las SS⁹.

Me enviaron a Dachau. Durante la instrucción se nos decía que los prisioneros que había detrás de las alambradas eran gente peligrosa, enemigos del Estado. Nos enseñaron cómo tratarlos y en qué casos hacer uso de las armas. Se insistía en lo peligrosos que podían llegar a ser. Yo solo los veía trabajar y entrar o salir del campo, aunque los camaradas, que servían allí desde 1933, me hablaban mucho de ellos. Recuerdo perfectamente la primera vez que presencié un castigo corporal. Dos prisioneros, que habían robado cigarrillos en la cantina, fueron condenados a recibir 24 bastonazos. Nos hicieron formar en cuadrado abierto con las armas al hombro. Los dos prisioneros fueron llevados al centro y luego se presentó el comandante. El primer preso, un ratero enclenque e impenitente, fue echado en el potro. Dos soldados le sujetaron la cabeza y las manos mientras dos jefes de compañía lo golpeaban alternativamente. El hombre no dejó escapar el menor quejido. El otro prisionero, un preso político, fornido, de complexión fuerte, desde el primer golpe lanzó un grito feroz y trató de zafarse de los soldados que lo sujetaban. Él siguió gritando hasta el último golpe¹⁰.

Todavía seguía en Dachau cuando me nombraron jefe de una compañía de 270 soldados. Teníamos que vigilar a los presos que trabajaban por la fuerza. El jefe inmediato, Eicke, nos insistía en que los presos eran enemigos del Estado y nos inculcaba el odio a los judíos como principales enemigos, a quienes había

⁹ Ib. pp. 59-61.

¹⁰ Ib. pp. 62-63.

que exterminar. Eicke a todos los SS nos hablaba de evitar todo sentimiento de piedad con los reclusos. La doctrina del odio que inculcó explicaba los malos tratos y torturas que infligían a los internos de los campos de concentración. Para Eicke y otros comandantes como Loritz y Koch los presos no eran seres humanos, sino rusos o gitanos, homosexuales, antisociales o judíos.

Después de haberme unido voluntariamente a las SS me había habituado demasiado al uniforme negro para renegar de él. Me debatí mucho entre la convicción personal y la fidelidad al juramento que había prestado a las SS y a Hitler ¹¹. Cuando estalló la guerra, Eicke exigía a sus subordinados una dureza implacable. Más trabajo y ordenes más duras que obedecer. Algunos miembros de las SS tenían el coraje de declarar en el comedor que el trabajo de verdugos que nos obligaban a hacer ensuciaba nuestro uniforme negro.

COMANDANTE DE AUSCHWITZ

Höss fue nombrado comandante de Auschwitz en 1940 y estuvo en el cargo hasta fines de 1943 y otros cuatro meses en 1944. Fue el creador y jefe del complejo Auschwitz-Birkenau y el que consiguió un sistema de ejecución masivo con las cámaras de gas, porque cuando los soldados debían fusilar a grandes cantidades, muchos de ellos se suicidaban o enloquecían. La mayoría se alcoholizaba para olvidar su espantosa faena. Según Höfle, los hombres de los destacamentos que efectuaban operaciones de exterminio consumían increíbles cantidades de alcohol. Para evitar estos efectos negativos, Höss consiguió el método de las cámaras de gas, que era mucho más eficaz y sin consecuencias para los verdugos. Lo más importante era mantener la calma con las víctimas durante la operación de llegada y desnudamiento. Sobre todo nada de gritos, nada de agitación. Si alguien no quería desnudarse, correspondía a los que ya lo habían hecho o a los hombres del comando (judíos ayudantes) acudir en su ayuda. Con buenas palabras hasta los más recalcitrantes se tranquilizaban y se quitaban las ropas. Los del comando trataban de acelerar el ritual para que las víctimas no tuvieran tiempo de reflexionar ¹². Estos judíos ayudantes les hablaban en su propia lengua de que iban a recibir una ducha para limpieza y para quitar los piojos ¹³.

¹¹ Ib. pp. 80-81.

¹² Ib. p. 165.

¹³ Ib. p. 166.

CÁMARAS DE GAS

A la llegada del tren con unas 2.000 personas aproximadamente, se separaba a los niños, mujeres ancianas, o embarazadas, o con niños pequeños, y a los ancianos. Los llevaban directamente a las cámaras de gas. Los restantes habían sido seleccionados a la llegada para realizar trabajos productivos en campos o en fábricas militares etc. En el momento de la separación de familiares se producía gran agitación y lo mismo en el momento en que se realizaba la selección de los detenidos aptos para el trabajo.

Algunos SS no estaban de acuerdo con el exterminio masivo de prisioneros y Höss debía asegurarles que eran órdenes incontestables de Hitler, que no admitían excepción y ellos debían ejecutarlas. Sin embargo, muchos tenían dudas y Höss debía transmitirles fuerza moral para que cumplieran su deber y convencerles de ejecutar las órdenes crueles del exterminio. Ya en 1941 las órdenes de Himmler, que venían directamente de Hitler, eran que todos los judíos debían ser exterminados.

Yo debía mostrar indiferencia mientras las madres entraban en las cámaras de gas con sus hijos de la mano, que reían o lloraban.

Una vez vi a dos niños tan enfrascados en sus juegos que ni la madre era capaz de llevárselos. Los judíos ayudantes tampoco se atrevían. Jamás olvidaré la mirada de aquella madre que imploraba piedad, consciente de la suerte que les esperaba. Los que ya se encontraban en la cámara de gas empezaban a alborotarse: había que actuar. Todos me miraban, y yo hice una señal al Unterführer de servicio. Éste cogió en sus brazos a los niños, que forcejeaban violentamente mientras se los llevaba a la cámara, seguido por la madre, llorando hasta partir el alma. Sobrecogido de piedad, habría preferido desaparecer, pero no me estaba permitido manifestar la menor compasión.

Mis funciones me obligaban a asistir al desarrollo de la operación. Debía permanecer allí de noche y de día mientras sacaban los cadáveres, los incineraban, les arrancaban los dientes de oro o les cortaban el pelo.

Esos horrores duraban horas, pero yo no podía alejarme, ni cuando cavaban los osarios, que despedían un olor espantoso, ni cuando quemaban los cadáveres. A petición de los médicos, también me tocó observar cómo morían las víctimas a través de los tragaluces de la cámara de gas.

No podía escapar a nada de eso porque era yo aquel a quien todos miraban. Debía mostrar al mundo que, no contento con dar órdenes, asistía a las operaciones en todas sus fases, como yo lo exigía también a mis subordinados.

Invitados por Himmler, numerosos miembros superiores del partido y oficiales de las SS venían a Auschwitz para asistir al exterminio de los judíos. Todos se sentían profundamente impresionados. Algunos de ellos, que antes habían defendido con fervor el exterminio, se espantaron y se encerraron en el más absoluto silencio tras asistir a esa «solución final del problema judío». Siempre me preguntaban cómo hacíamos, mis hombres y yo, para soportar tanto tiempo ese espectáculo.

Por mi parte, siempre respondía que debía callar todas mis emociones, pues me hallaba ante el terrible dilema de ejecutar, sin miramientos, las órdenes del Führer. Y todos esos señores me decían que no querían hacerse cargo de semejante tarea. Ni siquiera los más “duros”, como Mildner y Eichmann, experimentaban el menor deseo de cambiar su puesto por el mío. Nadie me envidiaba por la tarea que me habían encomendado.

No tenía manera de escapar a ese problema; debía proseguir mi tarea, asistir al exterminio y la matanza, reprimir mis sentimientos y mostrar una indiferencia glacial. Sin embargo, no lograba apartar de mi mente ni esos detalles insignificantes que otros habrían olvidado. En Auschwitz, no había tiempo para aburrirse.

REMORDIMIENTOS

Cuando el espectáculo me trastornaba demasiado, no podía volver a casa con los míos. Hacía ensillar mi caballo y, galopando, me esforzaba por liberarme de mi obsesión. Por la noche me iba a las caballerizas y encontraba la calma entre mis caballos preferidos.

A menudo me asaltaba el recuerdo de incidentes ocurridos durante el exterminio; entonces salía de casa, porque no podía permanecer en el ambiente íntimo de mi familia. Mientras veía jugar a mis hijos o a mi mujer con el más pequeño en brazos y el rostro resplandeciente de felicidad, me preguntaba a mí mismo cuánto tiempo duraría esa felicidad. Mi mujer no se explicaba el porqué de mi tristeza; la atribuía a las preocupaciones relacionadas con mi puesto de trabajo.

Los hombres casados que trabajaban en los crematorios o en otros locales me confesaron muchas veces que experimentaban sentimientos similares

a los míos. Ante el espectáculo de mujeres y niños que se encaminaban hacia la cámara de gas pensaban, sin quererlo, en sus propias familias.

Desde el momento en que se procedió al exterminio masivo, dejé de sentirme feliz en Auschwitz. Estaba descontento conmigo mismo, abrumado de trabajo, no podía fiarme de mis subordinados y mis superiores ni me comprendían ni me escuchaban.

A decir verdad, me encontraba en una situación poco envidiable; mientras que, para todo el mundo, “el comandante lleva una vida de lo más agradable” en Auschwitz.

Por supuesto, a mi familia no le faltaba nada. El menor deseo de mi mujer y mis hijos enseguida quedaba satisfecho. Los niños podían retozar en plena libertad, mi mujer cuidaba su pequeño “paraíso florido” y los reclusos hacían lo imposible por complacer a los más pequeños, colmándolos de atenciones.

Ningún expresidiario puede decir que se le trató mal en mi casa. ¡Qué mayor placer para mi mujer que poder dar un regalo a cada uno de quienes trabajaban en casa! Hasta mis hijos venían a pedirme cigarrillos para los presos, sobre todo, para los jardineros a quienes tanto apreciaban.

Todos los miembros de mi familia tenían mucho interés por la agricultura y los animales. Todos los domingos los llevaba a recorrer los campos, visitábamos las caballerizas y no dejábamos de echar un vistazo a las perreras. Queríamos mucho a nuestros dos caballos y al potrillo.

En el jardín, los niños siempre tenían animales de toda clase traídos por los reclusos: tortugas, lagartos, martas, gatos. Siempre había algo nuevo e interesante. En verano chapoteaban en el pequeño estanque del jardín o en el río Sola. Su mayor alegría era que me bañara con ellos; pero apenas tenía tiempo para participar en sus juegos. Ahora lamento no haber dedicado más tiempo a mi familia. Pensaba que toda mi vida debía estar consagrada al servicio, y esta noción exagerada del deber ha hecho mi vida más difícil de lo que en realidad era. ¡Cuántas veces mi mujer me habrá sermoneado, diciéndome: “No pienses sólo en el servicio, también estamos nosotros”! Pero ella no sabía nada de mis preocupaciones obsesivas; jamás le dije una palabra al respecto ¹⁴.

¹⁴ Ib. pp. 172-175.

PROCESO DE EXTERMINIO

En Auschwitz, el proceso de exterminio de judíos se efectuaba de la manera siguiente:

Hombres y mujeres eran conducidos por separado a los crematorios de la manera más tranquila posible. En el vestuario donde se desnudaban, los reclusos del comando especial les explicaban, en su propia lengua, que se los había llevado hasta allí para ducharlos y desparasitarlos. Les invitaban a que ordenaran bien sus ropas y recordaran el lugar donde las habían dejado, para recogerlas a la salida. Los reclusos del comando eran los primeros interesados en que esta operación se realizase rápidamente, con calma y sin tropiezos. Tras haberse desnudado, los judíos entraban en la cámara de gas donde, efectivamente había duchas y cañerías de agua, lo que les daba el aspecto de una sala de baños. Primero entraban las mujeres con sus niños. Las seguían los hombres, siempre en minoría. Todo solía ocurrir en calma, porque los reclusos del comando especial hacían todo lo posible por disipar las inquietudes de los que sentían miedo o sospechaban algo. Por otra parte, esos detenidos y un SS permanecían siempre hasta el último momento en la cámara de gas.

Entonces se echaba rápidamente el cerrojo a la puerta y los enfermeros “desinfectores”, ya preparados, dejaban entrar de inmediato el gas por agujeros practicados en el techo. Los recipientes que contenían el gas se arrojaban al suelo y los gases se expandían rápidamente. Por el agujero de la cerradura de la puerta se podía ver que quienes se encontraban más cerca del recipiente caían muertos al instante. Se puede afirmar que, para un tercio del total, la muerte era inmediata. Los demás temblaban, se ponían a gritar cuando les faltaba el aire. Pero sus gritos pronto se transformaban en estertores y, en cuestión de minutos, todos caían estirados. Al cabo de veinte minutos a lo sumo, nadie se movía ya. El gas tardaba entre cinco y diez minutos en actuar; la duración dependía de las condiciones del tiempo —seco o húmedo, calor o frío—, de la composición del gas —que no era siempre la misma— y de cómo estaba formado el convoy —mayor o menor cantidad de sanos o enfermos, jóvenes o ancianos—. Las víctimas perdían el conocimiento al cabo de unos minutos, antes o después según la distancia que las separaba del recipiente. Los que gritaban, los viejos, los enfermos, los débiles y los niños caían antes que los sanos y jóvenes.

Una media hora después de introducir el gas, se abría la puerta y se ponía en funcionamiento el ventilador. Los cuerpos no exhibían marcas especiales: no había contorsiones ni cambio de color. Sólo cuando permanecían

varias horas tendidos en el suelo dejaban el típico rastro de los cadáveres. Era muy raro encontrar excrementos. Tampoco había lesiones en los cuerpos, y los rostros no estaban crispados. A continuación, el comando especial se ocupaba de arrancar los dientes de oro y de cortar el cabello a las mujeres ¹⁵.

Los dentistas del servicio de ambulancia de las SS se encargaban de fundir los dientes de oro y entregar el producto a la Dirección Central de Servicios Sanitarios. Incluso fueron halladas piedras preciosas de valor incalculable dentro de muelas empastadas.

El cabello de mujer era enviado a una empresa comercial bávara, que lo utilizaba en la industria armamentística.

Las ropas que ya no servían se destinaban a la industria textil. Y los zapatos rotos eran recortados para emplear el cuero en lo que fuera posible; con el resto se hacía polvo de cuero.

Todas estas operaciones con los objetos de valor que habían pertenecido a los judíos provocaban extraordinarias dificultades en el campo.

En primer lugar, ejercían un efecto desmoralizante en los SS que no tenían un carácter lo bastante fuerte para resistir la tentación de apoderarse de los bienes judíos. Ni siquiera la pena de muerte y largos años de prisión surtían un efecto lo bastante disuasorio. Para los detenidos, los valores judíos ofrecían posibilidades inesperadas, que explican, probablemente, la mayoría de las evasiones. El que se apoderaba sin demasiadas dificultades de un anillo, de un reloj o de un objeto de plata, podía obtener algo de los SS o de los trabajadores civiles: alcohol, tabaco, víveres, documentos falsos, armas y municiones. Era un hecho cotidiano. En Birkenau, los hombres detenidos lograban, de esta manera, entrar por la noche en el campo de las mujeres; incluso lograban sobornar a algunas Kapos. Todo esto ejercía una nefasta influencia sobre la disciplina del campo. Los que poseían objetos preciosos podían comprar la benevolencia de los jefes de compañía, ocupaciones más cómodas e incluso una estancia en la enfermería o bien una mejor alimentación. Pese a que se realizaban los controles más estrictos, nada se podía hacer contra esos abusos. El oro judío se había transformado en la verdadera calamidad del campo ¹⁶.

¹⁵ Ib. pp. 230-231.

¹⁶ Ib. pp. 228-229.

CREMACIÓN DE CADÁVERES

Los cadáveres eran subidos desde las cámaras de gas en ascensor a la planta baja, donde los hornos ya estaban encendidos. Según la dimensión de los cadáveres, se podía introducir en cada uno de ellos hasta tres a la vez. La duración de la incineración dependía también del tamaño de los cuerpos. Los crematorios I y II podían incinerar en veinticuatro horas alrededor de 2000 cuerpos. Para evitar averías, no se debía superar dicha cifra. Las instalaciones III y IV debían de quemar 1500 cadáveres en veinticuatro horas, aunque creo que esta cifra jamás fue alcanzada.

Durante la incineración, que se producía sin pausa, las cenizas caían por los tubos. Reducidas a polvo, se las llevaba al Vístula en camiones; después, con palas, se las arrojaba al río donde de inmediato se disolvían y eran arrastradas por la corriente. El mismo método era aplicado a las cenizas procedentes de las fosas de incineración del Búnker II y del crematorio IV. El exterminio en los Búnkeres I y II se producía exactamente de la misma manera que en el crematorio. Pero ahí el factor tiempo se hacía notar con más fuerza.

Todos los trabajos requeridos por el proceso de exterminio eran efectuados por los comandos especiales compuestos por judíos.

Cumplían su horrible faena con indiferencia. Sólo querían terminar su trabajo lo antes posible, para descansar más tiempo y ponerse a buscar tabaco o vituallas en las ropas de las víctimas. Aunque estaban bien alimentados y recibían importantes suplementos, a menudo se los veía arrastrando con una mano un cadáver y llevando en la otra algo comestible. Aun durante el trabajo más horrible —la extracción de los cadáveres enterrados en las fosas comunes— y durante la incineración, seguían comiendo tranquilamente. No se dejaban conmover, ni siquiera al encontrar entre las víctimas a algún ser querido ¹⁷.

LOS BOMBARDEOS

La guerra, y especialmente los bombardeos aéreos, ejercían una influencia cada vez mayor en la vida de los campos. Las restricciones impuestas debían, necesariamente, contribuir al deterioro de las condiciones de vida. Los

¹⁷ Ib. p. 232.

campos de trabajo cercanos a las principales empresas de armamento, muy bombardeadas, sufrían más que los otros.

La guerra aérea, los bombardeos de las fábricas, se cobraban innumerables víctimas entre los reclusos. Los aliados nunca tomaron como blanco un campo de concentración o, para ser más exactos, un campo «de detención preventiva». Pero los presos trabajaban en las fábricas de armamento y, por lo tanto, corrían la misma suerte que la población civil.

Desde que en 1944 se reforzó la ofensiva aérea, no pasó un día sin que nos anunciaran víctimas en algún campo. No podría ofrecer la cifra exacta, ni siquiera aproximada, pero se contaban por millares. He asistido personalmente a numerosos ataques aéreos y, por lo general, no se lanzaban sobre los abrigos destinados a los “héroes de la retaguardia”. Eran ataques de inaudita violencia dirigidos contra las fábricas donde trabajaban reclusos. He visto cómo se comportaban, cómo morían junto a los centinelas que los vigilaban, a veces refugiados en el mismo agujero.

He visto a presos que prestaban ayuda a centinelas heridos. Esas violentas incursiones borraban toda diferenciación. No había ya vigilantes y vigilados: todos eran seres humanos que trataban de escapar a la lluvia de bombas.

Por mi parte, salí siempre indemne, aunque alguna vez me cubrieran los escombros. Fui testigo de muchas incursiones aéreas: vi Hamburgo, Bremen, y sobre todo Berlín, bajo los bombardeos. En Viena escapé milagrosamente a una muerte segura. Durante una ronda de inspección, mi tren fue atacado por aviones que se abalanzaron sobre él en picado.

Siempre me acusaron de no haberme negado a cumplir las órdenes de exterminio y de haber participado en esa horrible matanza de mujeres y niños. Mi respuesta ya la he dado ante el tribunal de Núremberg: ¿qué le habría pasado a un jefe de escuadrilla que se hubiese negado a lanzar un ataque contra una ciudad porque sabía, a ciencia cierta, que no había en ella ninguna empresa de armamento, ninguna instalación militar importante, y que las bombas matarían, sobre todo, a mujeres y niños? Evidentemente, lo habrían llevado ante un consejo de guerra. No se ha querido admitir esta comparación, pero considero que ambas situaciones son idénticas. Yo era un soldado, un oficial, como podía serlo ese jefe de escuadrilla. Ahora se dice que los miembros del Waffen SS no eran militares, que constituían una milicia del partido; pero, en realidad, éramos tan soldados como los de los otros tres ejércitos de la Wehrmacht.

Esas incursiones aéreas suponían una dura prueba para la población civil y, en primer lugar, para las mujeres, pues los niños habían sido enviados lejos, a las regiones montañosas fuera del alcance de los aviones. La prueba no era sólo de orden físico, sino también de orden moral, ya que toda la vida de las grandes ciudades estaba trastornada. Quien haya podido observar la actitud y la expresión de quienes se amparaban en los refugios privados o públicos recordará siempre la agitación, la angustia mortal que se apoderaban de ellos ante la cercanía de las «alfombras de bombas», cuando los edificios se sacudían y se desmoronaban y las mujeres daban alaridos, buscando protección junto a sus hombres.

Los propios berlineses, dotados de una resistencia muy poco común, a la larga quedaron agotados por las alertas y las carreras día y noche hacia los refugios. En cualquier caso, el pueblo alemán no hubiera soportado demasiado tiempo la prueba moral de esta guerra de nervios ¹⁸.

OTRA RELACIÓN DE LOS HECHOS

Cuando llegaba el tren con los prisioneros, unos 2.000 por término medio, a veces 3.400 o 3.500 en dos trenes, los recibía una orquesta para amenizar su llegada. Ahora bien, observemos que antes de llegar a Auschwitz venían en vagones cerrados y pasaban algunos días de viaje sin comer ni beber y algunos llegaban moribundos o ya muertos. Los judíos griegos llegaban después de 10 días de viaje y más de cien morían en el viaje. Después de la llegada venía la selección y los ancianos y niños y algunas mujeres con niños pequeños o embarazadas las llevaban directamente a las cámaras de gas con el cuento de hacerles recibir una ducha para limpiarse y despiojarse. Se podían eliminar en un día unos 3.000. Los más sanos eran seleccionados normalmente por algunos médicos de las SS y, en caso de no estar presentes, lo hacían los mismos SS. para trabajos en el campo. Les tatuaban una cifra en el antebrazo y les cortaban el cabello. Para los nazis el valor de una vida judía se calculaba según su capacidad de trabajo. A los que iban a las cámaras de gas, les hacían desvestirse y después les hacían entrar en las cámaras que parecían salas de duchas. Por eso en la entrada había un letrero que decía: *Sala de desinfección y Duchas*. Cada vez entraban entre 200 y 300 personas. Cuando cerraban las puertas, hacían salir por algunos orificios del techo el gas Zyklon B, que en menos de diez minutos los mataban. Y después quemaban sus cuerpos desnudos en los crematorios, una hora después de la llegada. Para quemar unos 2.000 cuerpos se necesitaban unas horas a pesar de tener cinco grandes hornos dobles y dos estructuras con cuatro hornos cada una. Pero antes de la cremación hacían un reconocimiento de los

¹⁸ Ib. pp. 185-187.

cuerpos para extraer los dientes de oro bajo la vigilancia de un dentista alemán. También recogían anillos u otra cosa de valor que pudieran haberse escondido en su cuerpo. Los objetos de oro de las víctimas se fundían en lingotes, y, eran enviados a una cámara blindada del Banco nacional alemán de Berlín. Allí lo encontraron los rusos al llegar los primeros a Berlín.

Algunas veces algunos judíos sabían que los iban a matar o tenían malos presentimientos y no querían entrar en las cámaras de gas y entonces los SS tenían que hacerles entrar a la fuerza. Un día llegó un tren de Belsen y, cuando ya dos tercios habían sido llevados a las cámaras, comenzó una rebelión del último tercio, que eran casi todos hombres. Tres o cuatro SS los quisieron hacer entrar a la fuerza, pero en ese momento algunos cortaron la electricidad y atacaron a los SS y los desarmaron y mataron a uno de ellos. Los otros SS dispararon en la oscuridad, pues era de noche. Llamaron a Höss y, al llegar, mandó cerrar las puertas y gasear a los dos tercios que estaban dentro. Después entraron con antorchas, fueron sacando afuera uno por uno y los fusilaron con un arma de poco calibre. Esto sucedió el 23 de octubre de 1943.

Vaillant—Coiturier testificó en el tribunal de Nuremberg que una noche oyeron gritos de niños y uno de los judíos que trabajaba en las cámaras de gas para tranquilizar a los que entraban y después llevar los cuerpos a los hornos crematorios, dijo que ese día se había acabado el gas y habían metido a los niños vivos en los crematorios por orden de Höss ¹⁹. Algunas veces sucedía que las mamás escondían a sus pequeños hijos bajo sus vestidos en las afueras de las cámaras, pero los judíos ayudantes revisaban los vestidos que habían dejado fuera y, si encontraban niños, los llevaban a las cámaras de gas.

EN EL TRIBUNAL DE NÚREMBERG

Según dijo Höss en el interrogatorio en el tribunal de Núremberg, en 1941 y 1942 se fusilaron cerca de un millón de judíos en las zonas ocupadas de Rusia. De ellos unos 18.000 fueron asesinados en las cámaras de gas en 1941 y 1942. A los prisioneros de guerra rusos no los consideraban dentro de la Convención de Ginebra, porque Rusia no reconocía los acuerdos de la Cruz Roja ni los de la Convención de Ginebra.

Según les había asegurado Himmler, los judíos eran un peligro para la existencia del pueblo alemán y por ello debían ser eliminados. Para Höss, el recibir una orden desde Hitler por medio de Himmler, que era el responsable de los campos de concentración, era suficiente para obedecer sin pensar más.

¹⁹ Niclas Sennerteg, *Il generale di Auschwitz*, Newton Compton, Ed. Roma, 2022, p. 16.

Al principio de la guerra había suficiente alimento en los campos de concentración, pero en 1943 la situación cambió y había menos alimento para muchos más prisioneros. Muchos prisioneros murieron de hambre, especialmente desde 1943. Otros muchos murieron desde 1941 de enfermedades como el tifus. Höss admitió que habían muerto en Auschwitz unos dos millones y medio de personas en las cámaras de gas y otro medio millón de hambre y de enfermedades ²⁰. Algunos investigadores consideraron que solo murieron en total alrededor de un millón cien mil o millón y medio. El mismo Höss en otra oportunidad posterior consideró que en tres años de comandante en Auschwitz pudieron morir solo un millón y medio. No se sabía con exactitud, ya que él no llevaba la cuenta de todos los asesinados.

PROBLEMAS FAMILIARES

Cuando era comandante de Auschwitz, tuvo una relación extraconyugal con Eleonor Hodys y ella quedó encinta. Para evitar cualquier escándalo, Höss la hizo encerrar en el bloque 11, dejándola morir de hambre en una celda tan estrecha que no tenía apenas ni sitio para sentarse. Sin embargo, parece que no murió, porque algún sobreviviente le pasó algunos alimentos. Un tal Morgen dice que él la ayudó a liberarse de aquella situación. La llevó a Mónaco a una clínica dirigida por una Congregación católica y se restableció ²¹.

EXPERIMENTOS

Aclaró en los interrogatorios que se llevaron a cabo experimentos clínicos, uno sobre esterilización por medio de rayos X y otro por medio de inyecciones. Ambos experimentos fueron realizados por el doctor Clauberg. El médico escogía algunas mujeres que parecían idóneas y les introducía con una jeringa un líquido en el útero en los tubos de Falopio, provocando una inflamación que con una seguridad del ciento por ciento hacía cerrar los tubos de Falopio. Después de algunas semanas, inyectaba un líquido de contraste y en una pantalla observaba si los tubos estaban cerrados o dejaban pasar algo. No hubo resultados positivos, porque no tenía experiencia sobre la proporción en que se debían realizar los experimentos.

El doctor Wirths buscaba mujeres que presentaran síntomas de cáncer para removerlo en un estadio inicial con una operación. Las víctimas de experimentos

²⁰ Sennerteg, p. 79

²¹ Sennerteg, p. 146.

letales eran las que la Gestapo había condenado a muerte. En Dachau, en el último año de la guerra, el doctor Schilling de Múnaco investigaba sobre cómo curar la malaria. Primero se la infectaba a los prisioneros y después trataba de curarlos.

Hizo estos experimentos con mil prisioneros. Murieron entre 300 y 400. Höss no mencionó al famoso médico Josef Mengele, que en Auschwitz hizo experimentos con gemelos hebreos. Otros experimentos letales se realizaron en el campo de Neuengamme con niños entre 8 y 14 años, llevados de Auschwitz, sobre la difteria y la escarlatina.

HÖSS SE QUIERE JUSTIFICAR

En uno de los interrogatorios dijo: Quisiera saber, si todo lo que he hecho en mi vida, no solo en Auschwitz, sino antes también, fue equivocado. Quizás lo que he hecho pensando que era justo, en realidad era un error, porque después de la derrota de Alemania en mayo de 1945 he entendido que todo esto ha sido equivocado a los ojos de la Iglesia católica y del mundo y también en todas las otras culturas e ideologías ²². Y añadió respondiendo al interrogador y psiquiatra Goldensohn: Pensaba que lo que estaba haciendo era justo, obedecía órdenes y ahora entiendo que era equivocado e inútil. Personalmente no he matado a nadie. La orden de exterminio fue dada por Hitler, trámite Himmler y Eichmann. Habíamos sido educados para obedecer sin pensar. La idea de no obedecer, ni siquiera se nos planteaba. No era una satisfacción ver montañas de cadáveres y sentir el olor de las cremaciones en curso, pero lo había ordenado Himmler, explicando que era necesario y yo no perdía tiempo en preguntarme si era equivocado. Me parecía una necesidad como él decía. Höss parecía tener un instintivo deseo de defensa del código de honor de las SS para los cuales la obediencia ciega era considerada una virtud ²³.

Aclaró que desde el principio había pensado que se trataba de eliminar solo algunos miles, pero Himmler le explicó que era una lucha entre alemanes y judíos, y llegó a la conclusión de que no tenía otra alternativa que ponerse a la obra.

En sus últimos días Höss mandó llamar a un sacerdote católico para confesarse y se acercó al catolicismo antes de subir al patíbulo ²⁴.

²² Sennerteg, p. 205

²³ Sennerteg, p. 211.

²⁴ Sennerteg, p. 339.

CONDENADO A MUERTE

Höss fue transferido del tribunal de Núremberg a Polonia, porque Auschwitz estaba en Polonia. *Fue acusado de haber participado en el asesinato de una cantidad de personas que es difícil determinar con exactitud, pero que asciende por lo menos a 2.500.000, principalmente judías, que fueron llevadas al campo en furgones procedentes de diversos países, con el objeto de ser directamente exterminadas y que, por esta razón, no figuran en el registro.*

De por lo menos 12.000 prisioneros de guerra soviéticos, encerrados en el campo contraviniendo las prescripciones del derecho internacional sobre el régimen de los prisioneros. También por miles de muertos por asfixia en las cámaras de gas, por incineración en vida, por fusilamiento, por inyecciones letales, por experimentos médicos, por inanición, por la creación de especiales condiciones de vida concentracionaria que implicaban una mortandad general, etc.

De haber ejercido una actividad nefasta sobre las personas que conformaban la población civil, los militares y los prisioneros de guerra:

- a) *Manteniéndolos en estado de esclavitud debido a su encierro en un campo cerrado y sometidos a los tormentos más diversos, físicos y morales, tales como la privación de alimentos, la obligación de realizar trabajos sobrehumanos, torturas, castigos inhumanos, heridas graves, atentados contra la dignidad humana, etc.*
- b) *participando en el saqueo masivo de los bienes, principalmente joyas, ropas y otros objetos de valor, sustraídos a las personas que llegaban al campo, sobre todo, a las que eran enviadas directamente de los furgones a las cámaras de gas para ser exterminadas; o a las personas que fallecían en el campo, lo cual a menudo daba lugar a la profanación del cadáver, consistente en arrancarle los dientes de oro y las prótesis y en cortar el pelo a las mujeres, cometiendo de tal manera crímenes previstos en el artículo 1, punto 1 y en el artículo 2 del decreto promulgado.*

Por ello, en virtud del artículo 1 del decreto promulgado con aplicación del artículo 33, párrafo 2 del Código Penal, se condena al acusado a la pena de muerte.

Sobre la base del artículo 7 del decreto promulgado, con aplicación del artículo 52, párrafo 2 del Código Penal, se pronuncia por la privación, a perpetuidad, de los derechos públicos y cívicos y la confiscación de la totalidad de los bienes del condenado; por otra parte, traspasa al Tesoro del Estado todas las costas del proceso.

*Firma el doctor Alfred Eimer
(Presidente),
los Jueces del Tribunal Supremo Polaco y
los asesores, diputados de la Dieta Legislativa* ²⁵.

DIOS LO PERDONÓ

Durante el tiempo de su mandato en el campo de Auschwitz le habían traído una comunidad de jesuitas polacos, pero el día de su captura, no estaba entre ellos el Superior: el padre Ladislao Lohn (1889-1961). El padre Lohn, al ver que su comunidad iba a ser ejecutada en Auschwitz, se dirigió al campo y se coló dentro. Se lo comunicaron a Höss y él, en un acto de humanidad, no quiso condenarlo y lo expulsó del campo.

El plan de Dios sobre él tenía previsto que el padre Lohn fuera su instrumento para la conversión de Höss, ya que en los últimos días su conciencia de antiguo católico pensaba en el perdón de Dios. El 4 de abril de 1947 había sido llevado de Varsovia a Wadowice y encarcelado allí en la prisión. En su primera conversación con el fiscal del distrito expresó su deseo de hablar con un sacerdote católico. Al no recibir respuesta, presentó una solicitud por escrito. El fiscal remitió su deseo al Superior del monasterio de carmelitas descalzas de Wadowice, pero ninguno de los sacerdotes, ni siquiera el capellán de la prisión sabían suficientemente el alemán. Entonces Höss se acordó del padre Lohn, a quien había perdonado la vida y que era capellán del convento de las hermanas de la misericordia de Wadowice. Lohn fue a visitarlo. Höss se confesó y el padre Lohn le dio la comunión. Lo volvió a visitar la víspera de la ejecución y su conversación con él fue muy larga.

Alguno de los testigos presentes en el momento en que Höss recibió la comunión, recordaron cómo Höss recibió la comunión entre lágrimas, permaneciendo de rodillas. El guardia que estaba presente dijo que fue uno de los momentos más bellos de su vida ver al llamado “*animal de Auschwitz*”, arrodillado con lágrimas en los ojos como un niño mientras recibía la santa

²⁵ Ib. pp. 306-307.

comuni3n. Fue ahorcado el 16 de abril de 1947 en el mismo campo de Auschwitz, donde muri3 san Maximiliano Kolbe y santa Edith Stein y muchos otros m3rtires de la Iglesia cat3lica. Tenía 45 ańos.

REFLEXI3N

Suponemos que Dios lo perdon3, porque Dios nunca niega su perd3n al que se arrepiente. En esta conversi3n podemos recordar a su familia fervorosa cat3lica. Cu3ntas oraciones haría por 3l su madre y su padre, cuando era pequeńo y deseaban que fuera sacerdote. A lo largo de su vida, cuando cometía tan horribles asesinatos, 3l sentía un gran remordimiento, pero se le imponía la orden de obedecer a sus Superiores, de otro modo podía sufrir 3l las consecuencias de la desobediencia. 3l nos dice en sus *Memorias* que, cuando se sentía demasiado molesto por el ambiente de los asesinatos: *Hacía ensillar mi caballo y cabalgando me esforzaba por liberarme de mi obsesi3n. A menudo me asaltaba el recuerdo de incidentes ocurridos durante el exterminio, entonces salía de casa, porque no podía permanecer en el ambiente íntimo de mi familia. Y anota: Desde el momento en que se procedió al exterminio masivo dejé de sentirme feliz en Auschwitz.*

Todo lo relativo a su conversi3n est3 escrito por el jesuita James W. Bernauer en su libro *Auschwitz and absolution*, Ed. Orbis books, 2023. Otro libro sobre el mismo tema de su conversi3n es el del sacerdote cat3lico alem3n Manfred Deselaers, titulado *And your conscience, never haunted you?*, 2013. Este sacerdote estableci3 despu3s de la guerra el Centro para el di3logo y la oraci3n en el mismo lugar de Auschwitz. Durante el ańo lleva a cabo reuniones interreligiosas, talleres, seminarios y jornadas de reflexi3n.

3l fomenta la relaci3n entre judíos y cristianos. Marta Titaniec, secretaria, del Consejo polaco de los cristianos y judíos, dice que el padre fomenta el di3logo entre cristianos y judíos especialmente. Con el recuerdo del pasado, el padre Manfred quiere construir una mańana mejor y construir la paz entre los pueblos.

El periodista John Burfer public3 el 10 de marzo de 2016 una entrevista a sor Gaudia Skass, una religiosa polaca de la Congregaci3n de Nuestra Seńora de la misericordia, que habl3 en su parroquia de USA sobre la conversi3n de Rudolf H3ss. Para Dios no hay pecados demasiado numerosos o demasiado grandes. 3l se siente feliz cuando un ser humano se arrepiente y vuelve al amor de Dios, arrepentido. Santa Faustina Kowalska, la mensajera del Seńor de la misericordia, nos recuerda algunas palabras de Jes3s: *Yo soy el amor, el perd3n y la misericordia. Cuando un alma se acerca a mí con confianza la colmo con tal*

abundancia de gracias que ella no puede contenerlas en sí misma, sino que las irradia sobre otras almas. Todo lo que existe está encerrado en las entrañas de mi misericordia más profundamente que un niño en el seno de su madre. Cuán dolorosamente me hiere la desconfianza en mi bondad. Los pecados de desconfianza son los que me hieren más penosamente ²⁶. Cuanto más grande es el pecador, tanto más grande es el derecho que tiene a mi misericordia. Quien confía en mi misericordia, no perecerá porque todos sus asuntos son míos y los enemigos se estrellarán a los pies de mi escabel ²⁷. Antes volverán el cielo y la tierra a la nada que mi misericordia deje de abrazar a un alma que confía en mí ²⁸.

Con estas palabras de Jesús podemos entender la alegría que Jesús experimentaría al perdonar a Höss en los últimos días de su vida. Y podemos pensar en tantos otros miles de asesinos a lo largo del mundo que rechazan la misericordia de Dios. ¿Dónde estarán después por toda la eternidad? ¿Con los demonios? Dios tenga piedad de los asesinos rebeldes que rechazan a Dios incluso en los últimos momentos. Que Dios tenga compasión de nosotros y seamos tan humildes para reconocer nuestros pecados y pedir humildemente perdón. Amén.

²⁶ Diario, 1074-1076.

²⁷ Diario 723.

²⁸ Diario 1777.